

ALEXANDER COCKBURN

DESPACHOS

Sobre revoluciones y corresponsales en el extranjero

Alexander Cockburn no sólo fue un escritor convincente, sino también un gran editor, en buena medida de su propia obra. En Corruptions of Empire (1987) puso en una relación inteligible límpidas evocaciones de su niñez en Irlanda y las clases de primaria en los cincuenta, análisis letales sobre los medios de comunicación dominantes y un panorama hogarthiano de la era de Reagan. Con el enemigo principal siempre en mente, los contraataques de Cockburn se basaban en una amplia gama de recursos, atizados por un saludable apetito por la lectura y por la vida. The Golden Age Is in Us (1995) recluta a Lucrecio, Lenin, Malaparte y la Banda de la Tenaza como camaradas de armas contra el nuevo orden mundial. Los extractos que siguen, sobre el bicentenario de la Revolución francesa, el desesperado intento de golpe de Estado contra la disolución de la Unión Soviética, y un consejo a los corresponsales en el extranjero, están sacados de las páginas de estos dos libros.

FRANCIA: BICENTENARIO DE 1789

Fue Robespierre quien dijo, «Si la base del gobierno popular en tiempos de paz es la virtud, las bases del gobierno popular en tiempos de revolución son la virtud y el terror: la virtud, sin la cual el terror es asesino; el terror, sin el cual la virtud es impotente». Esto no es en absoluto lo que un grupo de socialdemócratas que recorren Francia en los tiempos de la Quinta República quieren citar este y el próximo año. El programa oficial tiene mucha virtud y claramente nada de terror, al menos si nos basamos en su agenda de acontecimientos próximos¹.

Entre dichos acontecimientos: el 21 de marzo, plantación simbólica del árbol de la libertad, «renovando», como dice el folleto del bicentenario, «la tradición de ceremonias simbólicas de la revolución». A comienzos de la década de 1790, los fervientes jacobinos, que abonaban sus árboles de la libertad y celebraban solemnes ceremonias neoclásicas en honor al Ser

¹ A. Cockburn, *The Golden Age Is in Us: Journeys and Encounters, 1987-1994*, Londres y Nueva York, 1995, pp. 57-65.

Supremo, tenían que proteger estos árboles contra los cristianos devotos. A los creyentes les gustaba orinar en ellos y, a la más mínima oportunidad, arrancarlos. Muchos árboles tenían pequeñas cercas a su alrededor. La campaña de descristianización estuvo sostenida por hombres como Joseph Fouché, exmaestro del sur de Francia y uno de los pocos revolucionarios principales que murieron en la cama. Acabó convertido en jefe de policía de Napoleón. Durante la revolución, Fouché ordenó que en las verjas de todos los cementerios de Francia figurasen las palabras «La muerte es un sueño eterno».

En la fiesta de la razón celebrada en Estrasburgo el 30 de Brumario del año II de la Revolución (30 de noviembre de 1793), ciudadanos guiados por muchachas vestidas de blanco introdujeron un busto de Marat en la catedral (cuyo nombre había cambiado a templo de la Razón), sobre cuyas puertas lucían la bandera tricolor y una placa que rezaba «La luz después de la oscuridad». En la nave, habían levantado una montaña simbólica con estatuas que representaban a la Naturaleza y a la Libertad en la cima, y en los lados, monstruos con rostro humano enterrados en la roca representaban los poderes frustrados de la superstición. La congregación de 10.000 fieles cantó un himno a la Razón, y después ante el altar se encendió una hoguera para quemar los restos de santos beatificados por la corte de Roma y unos cuantos pergaminos góticos.

«Junio de 1989», continúa devotamente el folleto, «será el mes de la fraternidad, en memoria de junio de 1789, cuando el pueblo expresó el deseo de modernización y democratización». Se podría decir así. Lo que Laignelot gritó en los jacobinos de Brest fue: «El pueblo no será verdaderamente libre hasta que el último rey haya sido estrangulado con las entrañas de los últimos sacerdotes». El folleto: «Del 1 de abril al 15 de noviembre en las Tullerías habrá mascaradas, juegos, espectáculos diseñados para evocar lo ocurrido entre 1789 y 1799, haciendo hincapié en la reforma institucional, que marcó el progreso de la democracia parlamentaria». Esto habría hecho sonreír a Saint-Just, dada su concisa opinión de que «las leyes largas son calamidades públicas».

«Nunca ha habido tantas obras teatrales en París como durante la Revolución», me contó Bruno Villien. «Si dejabas un sótano vacío se convertía en teatro. Muchas obras trataban de acontecimientos del momento, día a día. El asalto a la Bastilla fue interpretado en escena dos días después. Algunos de los participantes reales en el ataque aparecían e interpretaban sus papeles. La gente se subía mucho a los escenarios y discutía sobre lo que se estaba diciendo. En el primer gran éxito de Talma, *Carlos IX*, hubo grandes disturbios. Era como un noticiero. La gente iba al teatro para enterarse de lo que ocurría e intercambiar noticias. La práctica continuó en tiempos de Napoleón, que era un ardiente espectador teatral y le mandaba a Talma largos memorandos acerca de la técnica y la teoría trágica. Antes de que se levantase el telón anunciaban el resultado de las batallas y el nombre de los muertos.

París, 12 de septiembre de 1989

Parece que el gobierno francés ha decidido recordar una revolución que ocurrió entre 1789 y 1792: Mirabeau, Danton y los girondinos a los que, con un pequeño retoque aquí y allá, se les puede hacer parecer decentes socialdemócratas moderados de finales del siglo xx. Robespierre, Saint-Just y el gran comité de seguridad pública, que presidieron el Terror y salvaron la Revolución, no están invitados. Lizzy Lennard ha buscado bustos de Robespierre y Saint-Just. Ha hablado con el encargado de monumentos. Ha resultado ser tan difícil como encontrar una estatua de Trotsky en la Unión Soviética. Lizzy dijo que había, al parecer, un sensacional busto de Robespierre en el Musée de la Révolution, en el Château de Vizille, a pocos kilómetros de Grenoble.

Grenoble, 13 de septiembre

Hemos ido a la Gare de Lyon y montado en un *train à grande vitesse*. Francia –rural, suculenta, remota– se deslizaba por la ventana mientras nos dirigíamos al suroeste, hacia Grenoble, cuna de Stendhal; hacia Vizille, en ocasiones descrita como «cuna de la revolución». Parecía que el castillo hubiera sido declarado por un diseñador de Hollywood el lugar adecuado para poner en marcha la revolución, entre montañas: el Belledonne, Vercors, Chartreuse; la niebla elevándose desde el río. Había patos nadando en el estanque. En la distancia se encontraba la grieta que Napoleón atravesó en su marcha de Elba a París. Philippe Bordes, director bilingüe de este museo abierto hace cuatro años, nos guió por las galerías decoradas con banderas de piedra hasta el busto, que era de hecho sensacional. Los habituales retratos y bustos de Robespierre representan al «incorruptible» como un ser pedante y engreído bajo su peluca. De hecho este busto, realizado por un jacobino llamado Claude-André Deseine, sordomudo de nacimiento, es el único hecho en vida de Robespierre, modelado mientras hablaba en el club jacobino. A la luz del atardecer, con la nieve cayendo sobre el Belledonne, Robespierre parecía divertido y humano, el orador que el 5 de febrero de 1793 pronunció el gran discurso sobre la democracia:

Deseamos sustituir en nuestro país el egoísmo por la moral, el mero sentido del honor por la probidad, la tiranía de la costumbre por el Imperio de la razón [...] Que Francia, insigne antes entre un pueblo de esclavos, eclipse la gloria de todos los pueblos libres que han existido, sea el terror de los opresores, el consuelo de los oprimidos, el ornamento del universo; y al sellar nuestra obra con nuestra sangre, que veamos por fin la aurora de la felicidad universal brillar ante nosotros. Esa es nuestra ambición. Ese es nuestro objetivo.

Bordes es uno de los jóvenes historiadores del arte interesados por excavar la Revolución como un periodo de inmenso fermento artístico. «Creo que no podemos entender el Romanticismo sin tener en cuenta el Terror.

Si observamos nuestro catálogo sobre la iconografía y la historia de la guillotina, hay imágenes muy convincentes y terroríficas que derivan del hecho de haber vivido durante el Terror. Había una intensidad en ese periodo que desestabilizó el equilibrio emocional de quienes lo vivieron, y al mismo tiempo se dio una pérdida de la fe en los procedimientos de cambio racionales, de las esperanzas racionales de una vida mejor. El Terror es un *échec*, un fracaso de los esfuerzos de la Ilustración para reorganizar la sociedad. De esta desilusión surge una sensibilidad muy importante para el Romanticismo». Como en el caso del teatro, en la Revolución el arte cambió las reglas del juego. Antes de ella, sólo los artistas de la Academia eran considerados plenamente «artistas». Con su llegada, emergieron cientos de artistas, que sometían la obra a su propia iniciativa. La Revolución inauguró también los restaurantes, ya que los cocineros de la caída nobleza tenían que ganarse la vida.

París, 15 de septiembre

Los días en los que los conocimientos sobre la Revolución estaban en manos de un robespierrista como Mathiez, o de hombres como Lefebvre y Soboul, han desaparecido hace tiempo. En las librerías se apilan ahora las palabras de Furet, Chaunu, Secher y Sedillot, que afirman diversamente que a) no se trató tanto de una revolución como de una ráfaga lingüística de autolevitación nacional, un «discurso» que de algún modo se ha confundido con revolución; o b) que si hubo una revolución –lo cual es dudoso– fue traicionada por los *sans-culottes*, los hébertistas, los comités de seguridad pública, el espíritu del protoestalinismo; y c) condujo al genocidio, perpetrado por franceses contra franceses, en especial en la Vendée; demostrando así que d) en todo caso, fue claramente un terrible error que dejó a los franceses en peor situación que antes. Mucho de este material sigue siendo un ataque contra los comunistas franceses, parte del frenesí de vida intelectual francesa en un periodo de reacción. Alguno es un correctivo útil, pero en su mayoría –principalmente con el uso dado por Secher en su libro titulado *Le Génocide franco-français*, de cifras infladas– no se aproxima en erudición a los trabajos que pretende rebatir. Reacción similar se dio en Estados Unidos en la década de 1950, cuando una revolución que en otro tiempo había sido elogiada como pariente de la Revolución Estadounidense de repente era deplorada como precursora de la Rusa. Algunas de las obras estadounidenses más interesantes sobre la Revolución francesa, como *Twelve Who Ruled* (1940), de R. R. Palmer, se escribieron antes de este cambio.

El número de muertos durante el Terror ascendió a unos 17.000. El historiador Charles Tilly afirma que le «sorprendería descubrir que en el conjunto de Francia el número de muertes directamente atribuibles a los enfrentamientos revolucionarios superó las 100.000, y esto incluye las de militares durante la guerra civil, las represalias, las luchas armadas entre civiles, etc.». El estudio estadístico de Greer, *The Incidence of the Terror*,

escrito en 1935, muestra que durante el Terror murieron ejecutados en París 666 nobles, y 1.543 en toda Francia. Una revolución no es una reunión de amigos, como tampoco lo es una contrarrevolución. Tras el derrocamiento de la Comuna de París en 1871, fueron ejecutados de inmediato más de 20.000 *communards*, más que durante todo el periodo del Terror, aunque nadie se lleva las manos a la cabeza por ello.

Angers, 16 de septiembre

Ayer tomamos el tren al valle del Loira. El *musée* de Angers resultó ser maravilloso, presidido con orgullo por madame Viviane Huchard. Antes iglesia quemada en el periodo revolucionario, el museo está ahora adornado con un techo de vidriera y alberga la obra de David d'Angers. Escultor y republicano entusiasta nacido en el año de la Revolución, activo principalmente en el segundo cuarto del siglo XIX, cuando la demanda de monumentos públicos era grande, exiliado por Luis Felipe, realizó muchos bustos que forman parte de nuestro mobiliario iconográfico: Balzac, Victor Hugo, Goethe, Humboldt. A las puertas del museo hay una enorme estatua del general Bonchamps moribundo, titulada *Libertad para los presos*. Bonchamps era un líder de la Vendée que, al caer mortalmente herido, emitió como última voluntad la orden de liberar a los presos republicanos, incluido el padre de David d'Angers.

Caminamos hasta encontrar el busto de Saint-Just, todavía en la veintena cuando fue guillotinado junto con Robespierre en Termidor, el 27 de julio de 1794. «¿Y qué piensa usted de Saint-Just?», pregunté. «Es guapo ¿no? ¡El ángel de la revolución!», exclamó madame Huchard con entusiasmo. Es el único busto de Saint-Just, un hombre cuya república ideal ciertamente tenía aspectos espartanos. En sus libros de notas, David d'Angers recuerda que Madame Lebas, hija de Dupleix, el casero de Robespierre, le había prestado un retrato al pastel de Saint-Just pintado del natural, a partir del cual el escultor había modelado su busto. Después le pidió a madame Lebas que mirase la obra terminada. «Vino a mi estudio y el recuerdo del joven representante del pueblo le hizo saltar las lágrimas. “Pobre joven”, dijo. “Es como si lo estuviera viendo ahora, apoyado en los pies de mi cama, mientras yo acostaba a mi niña. Era hermoso, Saint-Just, con una expresión pensativa de la que emanaba una gran energía, atemperada de dulzura y candor”».

Volvimos a París por una Francia de provincias creada en gran parte por la Revolución, evocada por Eric Hobsbawm en *La era de la revolución*: «Esa inexpugnable ciudadela de pequeños y medianos propietarios agrícolas, pequeños artesanos y tenderos, económicamente retrógrada pero apasionadamente devota de la Revolución y la República, que domina el país desde entonces [...] Tanto sus grandes empresas como el movimiento obrero estuvieron durante mucho tiempo condenados a seguir siendo fenómenos minoritarios en Francia, islas rodeadas por un mar de tenderos de esquina, pequeños propietarios agrícolas y propietarios de cafés».

París, 18 de septiembre

La comisión del bicentenario ha organizado un «tren revolucionario» que recorrerá Francia, adornado de imágenes del periodo, y que viajará 15.000 kilómetros y visitará ochenta y seis poblaciones. Ese hombre de la reunión maoísta que dijo, recibiendo un tremendo aplauso, que «Sólo hay una revolución, la francesa», tenía razón en el sentido de que no podemos leer la historia de ninguna revolución posterior sin ver los paradigmas de los veinte años posteriores a 1789: el campesinado traicionado e insurgente de la Vendée y el de Ucrania; los girondinos y sus descendientes en la Duma de Kerensky. Porque tras el Terror vinieron horrores más sangrientos y burocratizados; Termidor tras Termidor. La Revolución francesa sentó el precedente. Esos primeros revolucionarios no tenían a nadie en quien fijarse más que ellos mismos y en los romanos virtuosos que tomaron como asesores espirituales.

Evocará el tren, en su recorrido por Francia, la textura de la revolución: la gente que marchaba sobre Versalles y liberó los animales del zoo real, que huyeron al bosque; el club jacobino de Auxerre, que ordenó que todos los exsacerdotes que no trabajasen en ocupaciones útiles fuesen exiliados a no ser que mostrasen signos de estar arrepentidos mediante el casamiento; el club jacobino de Beauvais, que organizó una sesión de autocritica jacobina en la que un *citoyen* fue rechazado porque «carecía del grado de calor necesario para un verdadero republicano», haciendo que otro saliera en su defensa: «Si su físico es frío, su moral es cálida». Los jacobinos de Limoges acordaron que para ser republicano uno tenía que haber pasado «por la encrucijada de una circunstancia peligrosa», y Francia lo hizo en 1793 y 1794 bajo el liderazgo del comité de seguridad pública, que dirigió una revolución que cambió la historia humana a mejor (no incidentalmente, aunque esto apenas lo mencionan los revisionistas históricos, abolió también la esclavitud en sus dominios). ¿Saben ustedes qué tipo de gobierno salió victorioso en 1794? preguntó Jeanbon St. André, un miembro jacobino del comité de seguridad pública, más tarde prefecto de Napoleón, y se respondió a sí mismo:

Un gobierno de convención. Un gobierno de apasionados jacobinos de gorra roja, ropas de lana vasta, zapatos de madera, que vivían sólo de pan y cerveza mala y se acostaban en colchones echados en el suelo de sus salas de reuniones cuando estaban demasiado cansados para mantenerse despiertos y seguir deliberando. Estos son los hombres que salvaron Francia. Yo fui uno de ellos, señores. Y aquí, como en los apartamentos del Emperador en los que estoy a punto de entrar, me vanaglorio del hecho.

París, 20 de septiembre

Los dos grandes logros de la revolución: 1) redujo el poder de la aristocracia terrateniente, que de otro modo lo habría conservado durante mucho más tiempo; 2) instaló de manera perdurable una forma de soberanía po-

pular y poder para los campesinos, trabajadores y pequeños burgueses, etc., que habían ejercido muy poco poder a una escala nacional hasta ese momento. En cuanto a la esclavitud: indirectamente, la insurrección de Haití fue resultado de la revolución y también es cierto que los franceses fueron precoces en la abolición de la esclavitud en sus propios dominios. Mantuvieron, durante un tiempo, la distinción entre sus colonias y la Francia metropolitana, pero no dejaron de ser precoces. ¿Podría haberse destronado a la monarquía francesa sin una revolución? Pregunta clave. Hobsbawm plantea un argumento interesante a este respecto:

A la monarquía absoluta, por modernizadora e innovadora que fuese, le resultaba imposible –y de hecho daba pocas señales de desearlo– liberarse de la jerarquía de los nobles terratenientes a los que, después de todo, pertenecía, cuyos valores simbolizaba e incorporaba, y de cuyo respaldo dependía en gran medida [...] Por tomar un ejemplo obvio [...] pocos pensadores racionales, incluso entre los asesores de los príncipes, dudaban seriamente de la necesidad de abolir la servidumbre y los vínculos de dependencia feudal supervivientes [...] Pero de hecho antes de 1789 sólo se produjeron liberaciones desde arriba en países pequeños y atípicos como Dinamarca y Saboya, y en los dominios personales de algunos otros príncipes. José II de Austria intentó una de esas grandes liberaciones, en 1781, pero no lo consiguió debido a la resistencia política de los derechos de propiedad establecidos y a la rebelión campesina superior a la prevista, y tuvo que dejarla incompleta. Lo que abolió las relaciones feudales en toda Europa occidental y central fueron la Revolución francesa, mediante acción directa, reacción o ejemplo, y la revolución de 1848.

RUSIA: 19-21 DE AGOSTO DE 1991

La Banda de los Ocho debería haber leído a Lenin, suponiendo que todavía haya ejemplares de sus obras en la biblioteca pública de Moscú. Si planeas tomar el poder, tómallo. No te quedes sentado todo el día viendo la CNN y quejándote de que a Boris Yeltsin le dan demasiada cobertura. La noche antes de la Revolución rusa, en 1917, muchos de los camaradas empezaron a removerse en sus asientos, diciendo que tal vez no era el momento adecuado para tomar el poder. Lenin recorrió a pie media ciudad en mitad de la noche para fortalecer el ánimo del comité central bolchevique. Quizá habría sido mejor que se hubiese quedado en la cama. De ese modo nos habríamos evitado el grotesco resultado final de tanto sacrificio y tragedia: embajadores occidentales supervisando la restauración del orden constitucional, mientras Boris Yeltsin agradece a George Bush su apoyo en estas horas difíciles².

La Banda de los Ocho parece haber pensado que todo sería una fácil repetición del modo en el que echaron a Jrushchov: solemne cháchara acer-

² *Ibid.*, pp. 223-226.

ca de la madre patria, tanques recorriendo la Plaza Roja, una nueva fila en la tribuna de autoridades mientras Gorbachov se dirigía a una convalecencia vitalicia en un bien vigilado asilo de ancianos. Como declaraba la Banda, «torrentes de palabras y pilas de declaraciones y promesas no hacen más que subrayar la naturaleza deficiente y mediocre de los hechos prácticos de su vida [la de la gente de Gorbachov]». Muy cierto. «Mientras que hasta ayer», continuaba la proclama de la Banda, «un soviético que se encontrase en el extranjero se sentía un valioso ciudadano de un país influyente y respetado, ahora a menudo es un extranjero de segunda categoría, que encuentra una actitud marcada por el menosprecio o la conmiseración». Cierto, también. Y además, decía la Banda, había todo este sexo y violencia, que la declaración describía como «el pulpo de la delincuencia y la inmoralidad manifiesta». La Banda sentía ira por el extremo al que habían llegado las cosas.

Lo que la Banda no tenía era un plan. No lo han tenido desde mediados de los ochenta, en contraste con el programa liberal de gente como Alexander Yakovlev, viejo camarada de armas de Gorbachov, que dijo, cuando lo expulsaron del Partido Comunista, que «Nuestra tarea es entrar en la división internacional del trabajo, para que los inversores extranjeros nos acepten como un país normal, para que el capital occidental nos vea como un lugar con leyes. Nuestra psicología a este respecto sigue siendo diferente. Aquí todas las capas de la sociedad normal han sido exterminadas: la aristocracia, los comerciantes, los empresarios. Ahora hay que reconstruirlo todo». Vuelve a casa, príncipe Yusupov, todo queda perdonado. Pero esto al menos es una estrategia. Lo único que la Banda podía ofrecer como respuesta era nostalgia. El problema es que incluso antes de ser voluntariamente disuelta por reformadores que esperaban ingenuamente que las «fuerzas del mercado» entraran al rescate, la vieja economía dirigida estaba desesperadamente estreñida. En tiempos de Stalin, los planeadores supervisaban la distribución de unos 300 artículos esenciales. En la década de 1980, la cifra superaba el millón. Cualquiera que pretenda supervisar la distribución de un millón de mercancías de todo tipo tendrá a los burócratas pasando de una mesa a otra al menos 10 millones de solicitudes por triplicado. Sus bandejas de entrada y salida eran del tamaño de almacenes.

Probablemente los Ocho tenían en mente el precedente de Tiananmen, pero no estudiaron todo el menú. Cuando Deng Xiaoping y sus colaboradores decidieron aplastar el movimiento, lo hicieron hasta las últimas consecuencias. No le hubiesen dado a un Boris Yeltsin chino la oportunidad de arengar a la multitud desde un tanque delante de la Puerta de la Paz Celestial. Pero los dirigentes chinos también tenían una estrategia económica, adoptada a finales de la década de 1970, que puede o no tener mucho que ver con el socialismo, pero que produce en la actualidad una tasa de crecimiento del 10 por 100, la mayor de Asia. Los Ocho no tenían estrategia. Tampoco sentido de la historia. No comprendían que, fuesen cuales fuesen sus problemas económicos, a los ciudadanos soviéticos les apasionaban las reformas políticas y no ansiaban volver al pasado. Si hu-

bieran leído su Marx, los Ocho lo habrían sabido, mas probablemente estaban demasiado ocupados viendo la CNN.

Dicen que la cola para visitar la tumba de Lenin es más larga que nunca, y que los campesinos visitan Moscú para ver al viejo camarada antes de que quiten el mausoleo, pendiente de ser convertido en un centro comercial, un Pizza Hut o en cualquier símbolo parecido del nuevo amanecer. Cuando Lenin estaba en el exilio en Zúrich durante la Primera Guerra Mundial, antes de que el tren sellado lo devolviese a Rusia en 1917, visitaba un restaurante frecuentado por bohemios, pintores y poetas dadaístas, y todo tipo de habitantes de los bajos fondos. Un joven poeta rumano llamado Marcu escribió una anécdota (que puede encontrarse en *Dada Documents* de Robert Motherwell) sobre una charla que había sostenido con Lenin en aquel café.

«Te diré –dijo–, por qué como aquí. Porque descubres de qué habla realmente la gente. Nadezhda Konstantinovna [la esposa de Lenin, Krupskaya] está segura de que sólo el hampa de Zúrich frecuenta este sitio, pero en mi opinión se equivoca. Sin duda, María es prostituta. Pero no le gusta. Tiene una familia grande que mantener, y eso no es fácil. En cuanto a Frau Prellog, tiene toda la razón. ¿Has oído lo que ha dicho? ¡Matad a todos los oficiales!» Después Lenin me dijo, «¿Sabes cuál es el verdadero significado de esta guerra?», «Cuál?», pregunté.

«Es obvio», respondió. «Un esclavista, Alemania, que posee cien esclavos, se pelea con otro esclavista, Inglaterra, propietario de doscientos esclavos, por una distribución más “equitativa” de los esclavos».

«¿Cómo espera usted promover el odio a esta guerra», pregunté yo en este punto, «si no está por principio en contra de todas las guerras? Yo pensé que, siendo bolchevique, era usted un pensador verdaderamente radical y se negaba a admitir la idea de la guerra. Pero al reconocer la validez de algunas, les abre las puertas a todas. Cada grupo puede encontrar una justificación para la guerra particular que aprueba. Veo que los jóvenes sólo podemos contar con nosotros mismos».

Lenin escuchó con atención, inclinando la cabeza hacia mí. Acercó la silla a la mía. Debió de preguntarse si seguir hablando o no con este muchacho. Yo, un poco torpemente, permanecí en silencio.

«La determinación de confiar en vosotros mismos», contestó finalmente, «es muy importante. Todo hombre debe confiar en sí mismo. Pero también debería escuchar lo que la gente informada tiene que decir. No sé si tú eres muy radical o cuánto tengo yo de radical. Ciertamente yo no lo soy lo bastante. Uno nunca es suficientemente radical; es decir, uno siempre tiene que ser tan radical como lo es la propia realidad».

Esa última línea siempre ha sido una de mis favoritas, y espero seguir usándola mucho después de que el último busto del hombre al que Reagan insistía en llamar Nikolai haya sido reducido a polvo de talco.

En el mismo momento de las décadas de 1970 y 1980 en las que el capitalismo aprendía a ser hiperflexible –a costa de los obreros y los campesinos

nos de todo el mundo—, la Unión Soviética se volvía más rígida e inflexible. En una ocasión comenté, para gran enfado de muchos, que los años de Brezhnev fueron una edad de oro para la clase obrera soviética. Pero en cuestión de avance económico, lo fueron (al igual que las décadas de 1950 y 1960 para sus homólogos estadounidenses). No podían durar, y ahora los hijos y las hijas de esos trabajadores se enfrentarán a una disminución de expectativas a medida que las normas del mercado liberal los aferren por el cuello. Hace mucho, el Partido Comunista se convirtió en expresión de una elite corrupta, un sistema de reparto de despojos. Al igual que el sistema de reparto presidido por Gossnaba se había vuelto desesperadamente pesado y asfixiado, también el partido había asfixiado la iniciativa y la creatividad. Después de la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento industrial soviético se situó en una media cercana al 10 por 100 anual durante toda la década de 1950. En 1956, Jrushchov le decía a Occidente «os vamos a enterrar», y sus palabras no parecían lunáticas. Una década después, la economía soviética empezó a ralentizarse.

Ahora se está acelerando la balcanización de lo que antes era la Unión, el enfrentamiento entre repúblicas, el saqueo de recursos por parte de las potencias extranjeras, y la expansión de la influencia alemana hasta los Urales, donde se encuentra con los japoneses que avanzan desde el otro lado, como conclusión a lo que Hitler empezó en 1941. Dentro de uno o dos años es posible que Boris Yeltsin se sitúe encima del mausoleo convertido a ver el desfile de los nuevos tiempos: madereros soviéticos a las órdenes de Georgia Pacific y los japoneses; perforadores de petróleo con el logotipo de Conoco; largos batallones de desempleados sometidos a la disciplina de la escuela de Chicago.

CÓMO SER UN CORRESPONSAL EXTRANJERO: 1976

Decidido a considerar la naturaleza y la práctica de la recopilación de noticias extranjeras, tenía originalmente en mente centrar la atención en C. L. Sulzberger, del *New York Times*³. Me parecía, siguiendo su intrépido e interminable viaje por las capitales de Europa, que al final uno tendría un vocabulario de frases hechas, una inmensa acumulación de todas las banalidades que cualquiera podría escribir sobre los asuntos exteriores. Sulzberger es el colmo, el ideal platónico de todo aquello de lo que trata la correspondencia extranjera, que es alimentar con un tópico tras otro los prejuicios densamente apiñados de sus lectores. No hay sorpresas en su obra. La OTAN siempre está en crisis. Siempre hay y siempre ha habido una apertura para la izquierda en Italia. C. L. Sulzberger *nunca se desvía hacia la paradoja*. Su obra es una constante afirmación de las creencias recibidas. Es una mano demasiado experimentada como para evitar lo obvio siempre que tiene la oportunidad enfrentarse a ello. Lo encontramos en Nairobi, cara a

³ A. Cockburn, *Corruptions of Empire: Life Studies & The Reagan Era*, Londres y Nueva York, 1987, pp. 187-192; publicado por primera vez en *More*, mayo de 1976.

cara con el curso de los acontecimientos en el continente negro y, sin duda, descubrimos que «los africanos están acostumbrados a vivir en sociedades tribales y respetar la autoridad [...] La mayor cuestión para la siguiente generación de líderes es: ¿podrán mantenerse en un futuro los estados-nación por encima del impulso disgregador del antiguo tribalismo?». Este es un asunto para expertos, que cumple la *primera ley de todo periodismo, que es la confirmar el prejuicio existente, en lugar de contra-decirlo*. Así, armados con la máxima de Sulzberger (nunca evitar lo obvio), veamos cómo debería el corresponsal extranjero dirigirse al mundo.

Hay ciertas áreas en blanco que uno debería sencillamente evitar. Australia y Nueva Zelanda, por ejemplo: enormes territorios llenos de ovejas. Nada de interés se ha escrito jamás acerca de Nueva Zelanda, y de hecho se sabe muy poco de ese país. En Australia, si se hace absolutamente necesario ir allí, uno puede tocar a) los antepasados presidiarios de los habitantes; b) la tendencia de los primeros ministros a ahogarse; c) la naturaleza ignorante de los australianos –véase el apartado a)– y d) analizar la erosión de la Gran Barrera de Coral. No entremos en discusiones sobre la invasión japonesa y las leyes racistas australianas, ni siquiera sobre el futuro del Partido Laborista Australiano. Avanzando un poquito hacia el norte, nos acercamos a Nueva Guinea. Es un material simple: cazadores de cabezas *cara a cara* con el siglo xx. Entrevista a un preocupado funcionario de distrito. Habla de la *amenaza del mundo moderno* para estas tribus simples, aunque impredecibles, que a menudo van cubiertas de arcilla blanca. ¿Están las empresas petrolíferas a punto de explotar activos que algunos geólogos consideran *equiparable a los de Oriente Próximo*?

Indonesia, ante todo, es un *archipiélago repleto*. Sigue agitándose para liberarse del confuso aunque carismático liderazgo de Sukarno. Se produjo una masacre, pero *las heridas están sanando* (o los cismas siguen siendo profundos y *sigue habiendo mucha amargura*). Hay *contrastes*. La riqueza *coexiste incómodamente* con una pobreza desesperada. Hay musulmanes (un tema en alza). El dominio de los generales podría estar causando descontento entre los estudiantes. Hay mucha inversión estadounidense, que hasta ahora no ha ayudado mucho a solventar el *enorme contraste* entre ricos y pobres. Ahora estamos en Malasia, donde se ha dado uno de los pocos ejemplos logrados de contrainsurgencia. Bajo el sabio liderazgo de sir Robert Thompson, los comunistas chinos fueron derrotados. Predomina una satisfacción relativa. Avanza apresuradamente hacia Singapur y hospédate en el Raffles Hotel. Entrevista a Harry Lee; pregúntale por qué ha encarcelado a todos sus opositores políticos. Singapur es un *centro económico en rápido crecimiento*. Tiene una poderosa clase de empresarios chinos cuyas simpatías bien pueden estar con *el poderoso vecino del norte* de Singapur.

Ahora penetramos en el sureste asiático propiamente dicho. Unas cuantas normas sencillas para un tema complejo: los análisis de la política laosiana, tailandesa, camboyana o birmana son estrictamente para profesionales

o adictos. Habla de los *ritmos intemporales del campo* siempre que sea posible. Nunca subestimes a los budistas. Siempre *vuelve a visitar* lugares («La vida de Lon tho, un campesino sencillo, no ha cambiado [...]»). Cuidado en lo referente a Birmania. La mayoría no recuerda si fue Siam y se ha convertido en Tailandia, o si ahora forma parte de Malasia y debería llamarse Sri Lanka. Pasemos a Hong Kong, una *bomba de relojería*, pero también un *puesto de escucha*. *Odiosos* contrastes entre pobres y ricos. La tasa de suicidios más elevada del mundo. Está repleto. Evita Macao, que es sólo para apostadores y está *sucia* y *ruinosa*. Ve directamente a China. Unas cuantas reglas sencillas: consigue *siempre* una entrevista con Chou En-lai. Es civilizado, pero un *revolucionario decidido*. Tiene un *extraño dominio de los detalles*. Cuidado con China. Puede que pronto deje de ser un tema al alza. Pero sigue siendo bastante seguro mostrarse muy favorable respecto a este país.

Japón. Puedes mostrarte mucho más racista respecto a los japoneses que respecto a la mayoría de los otros pueblos: por ejemplo, sólo saben copiar —aunque insuperablemente— los inventos occidentales. Horrible contaminación. No hay planos de calles. Los trabajadores son intensamente leales a sus empresas. (Pasa por alto la militancia obrera.) Tanaka es *dinámico* pero está *acuciado por los problemas*. (El adorno adjetival para los líderes es un asunto vasto y complejo. Si es uno de *nuestros* dictadores, usamos palabras como *dinámico*, *hombre fuerte*, *capaz*. *Ríe* mucho, siempre *está en movimiento*, *con prisa*. *Desecha con impaciencia* preguntas sobre derechos políticos y libertades civiles: «Mi gente no está aún lista para estas sutilezas de las que ustedes los occidentales disfrutaban libremente». Si, por el contrario, es uno de *sus* dictadores, entonces usamos palabras como *inestable*, *caviloso*, *errático*, *sanguinario*, *indolente*. Rara vez sale de su palacio si no es *fuertemente escoltado*. Se *rumorea que está enfermo*. Por extraño que parezca, a menudo es *carismático*. En la actualidad es especialmente peligroso utilizar adjetivo alguno sobre los líderes árabes. Atente en este caso a conceptos generales, como *convertido a las formas occidentales* o *profundamente religioso*.) Volvamos a Japón ¿Qué decir del militarismo? ¿Y de la salsa de soja? Resalta la inquietud por las intenciones occidentales.

Aceleremos un poco el paso, porque queda mucho terreno por cubrir, y las prensas esperan. Allá vamos, pasando Filipinas, donde Marcos desecha con impaciencia las preguntas sobre la democracia, siempre con la intención de *arrastrar a su país al siglo xx* y *poner fin a la corrupción*; pasamos Tahití (donde abunda la sífilis) y bajamos a nuestro versátil país latinoamericano. Parece *simbolizar* los problemas de un *continente joven*, que conserva *las cicatrices de su pasado colonial*. La *empobrecida población india* influye poco en los avatares de una república marcada por *una inflación rampante y creciente*, presidida por un *dictador envejecido* respaldado por una junta. Jóvenes oficiales de las fuerzas aéreas están tramando un golpe condenado al fracaso pero sangriento, que es deplorado por intelectuales juiciosos pero atribulados, incómodamente conscientes del gran

vecino del norte al que contemplan con *sentimientos contradictorios*. El país tiene *viejas tradiciones democráticas* que ha *abandonado con renuencia*. Armada con un *sentido de la responsabilidad recién descubierto*, la *jerarquía católica* presiona para que se efectúe una vuelta a las *preciadas normas democráticas*. Se extienden las *barriadas pobres*. Las carreteras dividen una *selva en rápido retroceso* que a su vez se encuentra atrapada entre la *larga columna de los Andes* y las soberbias playas, lugar de esparcimiento de una *clase media recientemente acaudalada*. El *romántico atractivo* de Castro no se percibe por ninguna parte. Hay, por otro lado, *pruebas abundantes* de la inversión estadounidense, si bien los *empresarios experimentados* miran el futuro con cautela. Porque aunque el país *ansía un gobierno fuerte*, ellos *perciben* el creciente poder del movimiento sindical y un *agitado* descontento entre los estudiantes. La universidad está cerrada.

En marcha de nuevo, subimos hasta Canadá, consciente como siempre de su *vecino del sur*, pasamos por encima de Islandia cubierta de *géiseres* y rodeada de *peces*, y bajamos hacia Europa. Las características generales son evidentes de inmediato. Hay una crisis en el *mercado común*: una crisis en las *relaciones con Estados Unidos*; una crisis en la OTAN; una enorme *población obrera inmigrante*. Pero nos relajamos de inmediato porque estamos en Londres, donde puede observarse el *ritmo de vida civilizado*. Las *distinciones de clase* son tan *sutiles pero tan enfáticas como siempre*, a pesar de que los *policías sonrientes* siempre paran a darnos indicaciones sobre las calles. La ciudad está llena de teatros. Nos perturba, sin embargo, el estado de la industria británica, *desestabilizada por las huelgas*, presa de las exigencias de un *movimiento sindical poderoso* que está apoyado por *trabajadores indolentes*. Está claro, mientras observamos la *afección tolerante* que le tienen a la familia real, que *Gran Bretaña ha perdido un imperio pero todavía no ha encontrado una función* y que los *británicos juiciosos* siguen creyendo que Estados Unidos es el mejor amigo de Reino Unido, y que en la CEE el país puede ejercer de contrapeso a los designios franceses.

España está afligida por el *problema vasco*. Con su abundante población de *pequeños agricultores* y obreros rebeldes, Francia parece aún esclavizada por la herencia de *Descartes* y *De Gaulle*. Se percibe mucha *lógica gala*. Los edificios están muy limpios, pero los pequeños mercados de la Francia rural parecen estar desapareciendo con rapidez ante la competencia de empresas de estilo estadounidense. En conjunto salimos con una sensación de optimismo, porque parece que los *espejismos de grandeza gaullistas* son cosa del pasado, a pesar de que permanece la creencia ferviente en el destino y la *misión civilizadora* de *La France*. Bélgica tiene también un problema de lenguas, por el que los valones se enfrentan a los flamencos. Pero Bruselas es una desalmada ciudad de instituciones internacionales, así que pasamos a Alemania. De inmediato somos conscientes de un dilema. ¿Ha *exorcizado* por fin el país *la pesadilla de Hitler*? ¿O el *nuevo interés por Hitler* presagia una vuelta a las horribles pasiones de la

década de 1930? Todos los alemanes trabajan muchísimo, lo cual provoca *constantes excedentes comerciales*, y frecuentes *apreciaciones del marco*.

Italia es una pesadilla. *Venecia se bunde*; los trabajadores están constantemente en huelga; el neofascismo gana nuevos adeptos; reina la corrupción y el gobierno está en crisis. Los cristianodemócratas, en el poder desde 1947, acaban de cerrar la puerta a la apertura a la izquierda. Evita Austria, hogar de *Bruno Kreisky*, antiguo centro del imperio austro-húngaro, cuna de Hitler y, de hecho, evita también Escandinavia; incluso Finlandia, incómodamente consciente de su *vecino gigante del este*. Hay poco allí que detenga al periodista celoso. Hasta las pasiones de Europa oriental han muerto. Las *viejas beridas* del 56 en Hungría parecen estar sanando y el *cardenal Mindszenty* se ha ido. Polonia sigue teniendo sus *borrachos*, sus *católicos* y su *apertura a las tendencias modernas del arte occidental*. Nadie sabe dónde está Dubček. Rumanía parece todavía afanada en *establecer una senda diplomática independiente pero muestra pocos signos de relajación del férreo control del Partido Comunista*. Bulgaria sigue siendo *el aliado más firme de Rusia* y, como corresponde al lugar de origen de la *esencia de rosas*, siempre *es la primera en obedecer las órdenes del Kremlin*. Yugoslavia está *preocupada por los croatas* pero aparentemente lejos están los *buenos tiempos* en los que Tito desafiaba a su *vecino del norte*. Sólo vemos el oscuro perfil de Albania, en otro tiempo el *único puesto de escucha del inmenso enigma de China* en Occidente, y hoy meramente *enigmática*.

La URSS es para el especialista, pero he aquí unas cuantas pistas. Prueba a) nuevas ciudades en Siberia; b) la pesca furtiva de esturiones en el Caspio; c) los ancianos de Azerbaiyán, fortalecidos por una dieta de gachas de alforfón y leche de cabra; d) la contaminación del lago Baikal; e) la decepcionante cosecha en las tierras vírgenes; f) la falta de tapones en las bañeras de los anticuados hoteles victorianos; g) las fábricas extranjeras en el Volga; h) la nostalgia por los años de Stalin; i) el temor constante al militarismo alemán. Un rápido paso por Turquía, todavía *esforzándose por entrar* en el siglo xx, consciente del *legado de Atatürk*, con un cielo encendido por los dorados minaretes de Bizancio. Fuera del complejo Oriente Próximo nos quedan principalmente la India y África; *la mayor democracia del mundo* y *un continente todavía oscuro en muchos sentidos*. Hay mucho de donde escoger: *vacas sagradas, sectas religiosas, el valle de Cachemira, el legado del Raj, el corrupto partido del Congreso, los jainitas, los occidentales en busca de la verdad, el polvo, el hambre* sin parangón. En África, la *marcha adelante del Sabara*, el *kwashiorkor*, el *tribalismo*, el *presidente Nyerere*, las *leyes laborales sudafricanas*, las *guerrillas de Mozambique*, el *genocidio*, el *hambre*, los *masais todavía orgullosos*, los *tua-regs antes orgullosos* y los *pigmeos todavía pequeños*.

Hemos terminado. Estas son las reglas básicas. Hay muchas sutilezas, por supuesto. El tratamiento adecuado para las *islas* merece todo un capítulo en el manual del novicio (*diminuta, pero estratégicamente vital; acalora-*

damente disputada por sus gigantescos vecinos; situada en medio de la que posiblemente sea la vía navegable más importante del mundo; intentando evitar las trampas de la vida «moderna»; amenazada por volcanes, tsunamis, lluvia radiactiva). Y por supuesto, el tratamiento de un líder depuesto: ¿ha sido enviado sin ceremonias al exilio, relevado de sus cargos, está enfermo desde hace tiempo según los rumores pero dominado por una esposa ambiciosa de quien muchos piensan que lleva las verdaderas riendas del poder? ¿Y las alegaciones de tortura? ¿Son bruscamente tachadas de falsedades, o ampliamente aceptadas por tener cierta base real?

Hay problemas de oportunidad: ¿cuándo debería uno dejar un escenario de crisis devastado por la guerra? ¿Después de que acaben los disparos; un mes después; seis meses después? ¿Debería uno volver («La guerra todavía ruge en la “pacífica”...»)? En general, evítese el mundo *subdesarrollado*, el *Tercer Mundo* o el *mundo emergente*. Las noticias sobre hambre e inanición masiva tienen poco atractivo consistente para los lectores occidentales, y la especulación desatada sobre el probable número de muertos (uno, dos, diez millones) no hace más que confundir y deprimir a la gente. Atente siempre a las principales vías de la diplomacia occidental y de la política estadounidense. Recuerda que tu colección de estereotipos es para el *consuelo* y la *afirmación*, nunca seas *prematureo* en cualquier crítica a la política de tu país. Recuerda que el mundo gira lentamente y que casi sin excepción lo que es cierto de un país hace diez años sigue siéndolo en la actualidad. *La vida sigue igual*. Ten en cuenta el sabio consejo de lord Northcliffe a los periodistas: «Nunca pierdas tu sentido de lo superficial». Felices aterrizajes.